

La cultura del voluntariado social: ¿un desafío crítico?

Enrique Falcón Tapiador *

Antonio Méndez Rubio **

Alberto J. Ferrer Riquelme ***

Voluntariado: un término con diversas interpretaciones

EL voluntariado social, que actualmente parece estar experimentando un apogeo inédito (1) en nuestro

* Filólogo. Profesor de F.P. Escuelas Profesionales S. José de Valencia.

** Última su tesis doctoral sobre crítica de la cultura y teoría del discurso en el Dpto. de Teoría dels Llenguatges. Universitat de València.

*** Profesor titular del Dpto. de Estadística e Investigación Operativa. Universidad Politécnica de Valencia.

Los tres son miembros del Voluntariado de Marginación Claver, VMC, Valencia.

(1) Según Demetrio Casado —en Jornadas sobre voluntariado, Valencia, 1994— un 22 por 100 de los españoles estaban en 1991 implicados en asociaciones voluntarias.

país, es un fenómeno cuyas realizaciones prácticas han de estar sin cesar bajo sospecha. Nuestra más reciente historia parece de hecho señalar que todo, o casi todo, pudiera haber en él, desde las posturas más paternalistas hasta su instrumentalización por parte de —y el apoyo a— las administraciones públicas, pasando por su concreción como coartada individual en tanto cómodo acallaconciencias, egoísmo ilustrado, tapa-agujeros del sistema político y económico establecido, mera ambulancia de la historia o compensación de frustraciones personales.

Célebre por su capacidad para compaginar su labor como ideólogo de un supuesto *fin de la historia* con su trabajo remunerado como director adjunto de la sección estratégica del Departamento de Estado norteamericano, el mismo Francis Fukuyama (2) parece querer indicar, en lo que sería la más última de las tesis del pensamiento posmoderno, que las estructuras intermedias de la sociedad civil —y entre ellas cabe incluir a los movimientos de voluntariado— favorecen la consolidación política y económica del capitalismo, suavizando paradójicamente las fricciones de un sistema social que viene generando injusticia y marginación a gran escala. En este sentido, las leyes reguladoras del voluntariado que recientemente están elaborando las instituciones gubernamentales en España dejan entrever, paralelamente, una visión de la acción y la promoción voluntarias desde criterios mercantilistas y fundamentalmente acrílicos, donde la intervención social de los voluntarios —desactivada como fuerza política de denuncia y transformación— se contempla como *voluntariado instrumental*: acción que se puede someter y motivar a través de contraprestaciones generosas, esterilizando con ello, desde su raíz, la lógica de la donación y la entrega, gratuita y desinteresada, característica del voluntariado más inquietante.

En un contexto conflictivo como éste —que, en el fondo de la cuestión remite a la diversidad de apropiaciones de lo que, desde grupos con intereses bien distintos, pueda entenderse por *sociedad civil*— desde luego no es ya tan posible hablar de *el* voluntariado como una realidad única o uniforme, sino de *los* voluntariados, en plural. Podría demostrarse cómo, bajo un supuesto término unificador, se esconden —en la práctica y en las intenciones— diversos modelos radicalmente divergentes entre sí. En algunos casos estos modelos de voluntariado mantienen entre ellos relacio-

(2) F. Fukuyama: *Trust: the Social Virtues and the Creation of Prosperity*. Free Press, New York, 1995.

nes de mutua indiferencia e, incluso, de complementariedad: entonces el diálogo, el debate y el contraste creativo entre organizaciones se hace tan necesario como ineludible. Pero igualmente es momento de sospechar —y de denunciar así— que también algunos de estos modelos podrían llegar a enfrentarse abiertamente (3). En otras palabras: el compromiso con y desde la acción social voluntaria va necesariamente acompañado de una apuesta decidida por las bases y las variaciones que configurarían una concreta, múltiple y desafiante *cultura del voluntariado*.

Voluntariado: una apuesta radical por lo socialmente perdido

EJERCICIO responsable de voluntades personales que, afectadas por su participación en condiciones sociales de exclusión y desigualdad, buscan construir una opción comunitaria exigente, rebelde incluso, servicio al mismo tiempo insobornablemente gratuito y desinteresado. Así podría caracterizarse nuestra apuesta comparada. Opción que impulsa un salto hacia el voluntariado social de marginación como práctica de *solidaridad para con los últimos*, así como práctica decididamente *crítica, conflictiva y no tranquilizadora*. Puesto bajo sospecha, el voluntariado está llamado, sin embargo, a procurar una experiencia y un compromiso radicalmente valiosos de cara a articular un proyecto de solidaridad crítica que localice su punto de arranque en la causa de los despojados de la Historia —esa triunfante épica del *progreso* escrita por los vencedores, como señalara Benjamin (4). Puede alejarse, de esta manera, de las usuales manías paternalistas, asistencialismos unidireccionales y redentorismos ingenuos.

En este camino compartido donde se atiende a lo socialmente *perdido* y —desde la apertura a un otro que nos desborda siempre— se trata de reanimar conflictivamente lo que ya no produce ni interesa ni consume... —y que, a menudo, ni siquiera agradece—, el voluntariado llega a ser portador de una cultura distinta, una entera forma de vida alternativa que reivindica un sentido no mercantilista, no clasista, de la cultura y de la sociedad democrática.

(3) *Voluntariado de Marginación Claver*, n.º 1. Valencia, octubre, 1995.

(4) W. Benjamin: «Tesis de filosofía de la historia», *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1989, 175-191.

Forma de vida que sólo cobra y genera sentido(s) en lo cotidiano, visto que, como ya sabemos, hablar de revolución sin llevarla a la humildad del día a día equivale a tener un cadáver en la boca. Voluntad que crece comprendiendo, contemplando e interviniendo en el mundo de forma subversiva, esto es: tomando como punto de referencia a los otros, a los conocidos y a los todavía por descubrir. Los otros: los sin nombre. Su alteridad incontrolable que implica alteración. Transformación *desde abajo*. Literal e incansablemente: *subversión*. Puesta en crisis donde el movimiento colectivo, plural y abierto, de voluntarios y voluntarias se (re)organiza continuamente como forma de resistencia constructiva a las fuerzas sociales hegemónicas, es decir —desde la modernidad— un Mercado sin freno, más opresor cuanto más *libre*, y un Estado que lo legitima y ampara, estructura unitaria entre cuyas funciones persiste intacta una fundamental, fundada en premisas de orden y verticalidad no siempre al servicio de la libertad y la igualdad: la de *supervisión*.

Por este camino, pues, donde se comparte una práctica cultural en tanto contestación solidaria desde el espacio de los que están forzosamente al margen, las organizaciones voluntarias afrontan hoy la compleja tarea de dar un sentido revolucionario al equilibrio inestable que media entre la cultura institucional que cada una de ellas, de una forma u otra, asume, la formación y seguimiento de sus voluntarios y la articulación y programación de líneas de intervención social específicas. En la creatividad de cada apuesta, de cada decisión, cabe desde aquí resaltar la de los llamados *voluntariados de mediación* (como el Voluntariado de Marginación Claver, VMC, por ejemplo), concebidos, por ahora, de un modo complementario al de los *voluntariados de presencia* (5), caracterizables éstos por montar dispositivos propios de intervención y organizar actividades de voluntariado allí donde se detectan las necesidades. Renunciando a esta tarea de intervención propia y tejiendo una red de apoyo a programas ya existentes y mínimamente desasistidos, los voluntariados de mediación parecen preferir localizar sus energías en discernir las prioridades de la acción comunitaria y en acompañar críticamente los procesos de los voluntarios implicados en intervenciones sociales diversas (6).

Partiendo con frecuencia de motivaciones difusas donde, sobre todo

(5) J. García Roca: «Solidaridad y Voluntariado». *Presencia Social* n.º 12. Sal Terrae, Santander, 1994.

(6) F. Vidal: *Claver: el buen oficio de tejer* (Informe Sociológico 1994). Madrid, VMC, abril, 1994.

al principio, suelen imponerse los ritmos y procesos personales, el voluntariado empieza viviéndose como dedicación mínima de algunas horas semanales que puede, lentamente, acabar atrapando, cuestionando los presupuestos del voluntario/a y *complicándole* la vida. Quien así se involucra comienza a vivir la acción *no como tarea aislada sino como proceso problemático*, posible puesta en crisis de los mecanismos de identidad, orientación e interés propios; itinerario, tan invisible como peligroso, a lo largo del cual van transformándose sus visiones del mundo, sus complicidades de hecho, su afectividad, sus prioridades en la escala de valores... removiendo quizá su propio estilo de vida y convirtiendo lo que empezaba siendo una *experiencia puntual* en una *opción de vida* contrastada, compartida e interpelada por la realidad cotidiana de quienes seguramente no tendrán nada que ofrecerle.

Este es el proceso que pretenden generar, acompañar y motivar los voluntariados de mediación desde sus aportaciones de formación, auto-crítica, coordinación y contraste interpersonal, así como a través de una organización —notablemente más reducida que la de los voluntariados de presencia— dispuesta en red para propiciar, así, la versatilidad de espacios, la rapidez de respuesta a necesidades, la flexibilidad activa y la extensión de vínculos dialógicos y conflictivos en las dinámicas, hoy anquilosadas, de la sociedad civil contemporánea. Los procesos que desencadena el voluntariado se vuelven tan imprevisibles que —en palabras de Darío Mollá (7)— abren las ventanas a un vendaval (la realidad material del otro, su dignidad pisoteada por los mecanismos estructurales de control y marginación social) que puede deshacer la apacible casa del propio voluntario/a, plantearle si habrá que levantar acaso otro tipo de casa, o en otro sitio, o no levantar ya casa ni refugio alguno.

Voluntario: ciudadano del mundo

LA cultura del voluntariado como forma de pensar, sentir y actuar en lo socialmente *perdido* no tiene fronteras. Los otros, los sin nombre, no sólo existen en nuestros suburbios del Norte rico, sino que, mayoritariamente, son los *ciudadanos* de los llamados países del Sur. En la actual coyuntura histórica tan mundializada e inter-

(7) D. Mollá: *Curso de formación inicial VMC*. Valencia, noviembre, 1994.

dependiente no tiene sentido un voluntariado corto de miras, excesivamente localista. Un voluntariado que no viva como propios los problemas de los países empobrecidos y las implicaciones que nuestro estilo de vida del Norte rico tiene en las míseras condiciones de nuestros hermanos del Sur no hará sino darle la razón a las tesis de Fukuyama: convertir al voluntariado en cómplice del sistema que genera injusticia y marginación a escala mundial.

Una mirada atenta a la cultura solidaria internacional que tenemos los españoles (8) nos desvela que la mayoría estima que está informado respecto a la situación de los países empobrecidos. Los medios más utilizados para conocer esta problemática son la televisión y la prensa. Aunque existe una buena voluntad y predisposición de ayuda a los países empobrecidos, se aprecia poca conciencia de la insuficiencia de dicha ayuda y un grado de implicación afectiva y práxica en cuestiones de solidaridad internacional más bien escaso. Esto nos revela un tipo de solidaridad más de demanda (lo que debe hacer el Estado) que de oferta (lo que estoy dispuesto a hacer yo).

Según la encuesta citada, una gran parte de los españoles afirma que la causa de la brecha entre países ricos y empobrecidos proviene de un conflicto estructural Norte-Sur basado en el establecimiento de relaciones de opresión, dominación y dependencia. Esto, sin embargo, contrasta con la imagen absolutamente estereotipada que se tiene del llamado Tercer Mundo, T.M. Numerosas encuestas realizadas en la calle o en colegios (¡incluso en el entorno universitario!) asocian el T.M. con miseria, desastres, muerte (un 95 por 100) generando una visión uniformizada que destila un cierto aroma de tragedia inevitable. Sólo alrededor de un 5 por 100 relaciona el T.M. con problemas estructurales (injusticia). Pero, ¿qué imagen se nos «vende» a través de los medios de comunicación?

La deformación de las noticias en los medios de comunicación contribuye a crear en nosotros una visión dicotómica del mundo que no corresponde a la realidad: un Norte democrático, paraíso del bienestar, que se puede permitir el lujo de ayudar al Sur; un Sur incapaz de superar su realidad preñada de problemas, superpoblado, atrasado, inestable políticamente, que sólo podrá salir adelante con la ayuda del Norte (9).

(8) R. Díaz-Salazar: «La cultura de la solidaridad internacional en España», *Cuadernos Cristianisme i Justícia*, 66. Barcelona, 1995.

(9) Coordinadora de ONGD de la Comunidad Valenciana. *Guía de cooperación para el desarrollo*, Valencia, 1994.

El panorama es preocupante. Nos sentimos informados sobre una realidad de la que, desgraciadamente, somos prácticamente analfabetos y, lo que es todavía más lamentable, interpretamos un mundo cada vez más interrelacionado y complejo, mediante un modelo simplista e infantil que trata de explicarlo todo de un plumazo, quizá para no introducir demasiado ruido en nuestras «limpias y ordenadas» conciencias. En otros tiempos, a Galileo le tacharon de blasfemo porque se atrevió a manifestar que la tierra no era el centro del universo. ¿Acaso no seguimos teniendo una visión Norte-centrista donde todo gira *alrededor de, desde, y para* el Primer Mundo?

La solidaridad internacional no está entre los objetivos prioritarios definidos por los españoles, para España, en los próximos años. Sí aparecen, en cambio, el paro, las drogas y la inseguridad ciudadana. Virtudes públicas como la solidaridad, la entrega a los demás, el compromiso por la justicia y la paz, la com-pasión con el sufrimiento ajeno, la participación en la sociedad... no destacan entre las principales cualidades a hacer desarrollar en los niños (8). Inculcar buenos modales, responsabilidad y obediencia es lo que parece ser más demandado. No es que los españoles nos opongamos a ser solidarios, sino que todavía esos valores pertenecen al universo simbólico y no se han traducido en realizaciones prácticas. Las buenas ideas no está mal tenerlas si las ocupaciones lo permiten; el dinero y la seguridad, sin embargo, son prioritarios.

Tras este breve análisis del panorama español, que con sus particularidades no se diferencia mucho de la visión de otros países del Norte, surge con urgencia el reto de construir una nueva contracultura, la contracultura de la solidaridad (8). El objetivo es ambicioso y difícil: transformar los modos dominantes de pensar, sentir y actuar.

Éste es precisamente el objetivo esencial de las auténticas Organizaciones No Gubernamentales de Desarrollo (ONGD). Éstas, desde su origen a mediados de los años 60 hasta nuestros días, han ido tratando desde el Norte y desde el Sur, con sus aciertos y errores, de poner de manifiesto el gran *desorden internacional* existente. Hoy día se han convertido en pilares indispensables de la cooperación para el desarrollo, en instrumentos de presión frente a los gobiernos y en fuente de recursos de las que se nutren las instituciones públicas en lo referente a las políticas oficiales al desarrollo.

Algunos analistas están viendo en las ONGD una de las principales esperanzas del Sur empobrecido, no tanto por el volumen de su ayuda,

sino por la labor de sensibilización que están llevando a cabo en todo el mundo, apostando por esa nueva contracultura de la solidaridad. El Sur cada vez interesa menos al Norte, ni siquiera por sus materias primas, producidas en unos casos o sustituidas con otras producto de las nuevas tecnologías de síntesis de materiales en el Norte. Las dos terceras partes del comercio mundial se hace entre países ricos. Las exportaciones desde el Sur representan una quinta parte del comercio mundial. Y el comercio Sur-Sur sólo un 5 por 100. Ante este panorama, sólo queda el argumento moral. En medio del desierto creado por los medios de comunicación de masas, las ONGD son verdaderas reservas de sentido (10).

Vivimos en una *aldea global* donde no conocemos a nuestros vecinos de *abajo*. Debemos asumir el reto de conocernos más, y *com-padecernos*. Por cierto, una palabra cuyo sentido profundo de caminar con el otro que sufre y hacer propio el sufrimiento ajeno, es frecuentemente interpretado en clave paternalista. Pues bien, difícilmente puede existir esa *subversión* de valores, de prismas desde donde se interpreta el mundo si *el otro*, con sus potencialidades, sus miserias, sus dolores, sus pobrezas, sus valores, sus riquezas,... no penetra en nuestro interior, y también en el interior de nuestras instituciones, sociedades y Estados. Como expresa Díaz Salazar (8): «Hay que lograr que el Sur empobrecido, que nos invade por fuera con sus oleadas migratorias, también y sobre todo nos inunde por dentro hasta convertir sus problemas en nuestros».

Quizás sea éste uno de los grandes retos del voluntariado: acercar realidades que se ignoran o se olvidan, permitiendo una acción local con un planteamiento global que posibilite el cambio.

(10) J. A. Irazábal: *Norte y Sur: unidos pero enfrentados*. Ediciones Mensajero, Bilbao, 1993.